

GUILLERMO SUCRE

---

## TRES POEMAS

### LA CORZA BLANCA

*Anúnciala la corza blanca*

R.D.

Del bosque y sus hondos territorios,  
entre ramajes que una luz morosa  
aparta y más frágil el sol ondula  
las colinas, o como el aura  
por un instante rodea a la lámpara  
en la congoja o el insomnio,  
de pronto aparece la corza blanca.  
Con la mirada en que se rasga  
la última claridad, me mira;  
conduce el camino al sitio  
de la celebración y los sacrificios.  
Albas de las altas noches, lunas  
de los amaneceres, piedra fría  
o fuego primordial, edades  
en que por fin sucumben al filo  
en que se rozan sus propios cuerpos  
encontrados: todo lo que tuvo  
que arder ardió, imágenes y nombres  
sin pausa devorados; ráfaga  
fueron, augurio, las cenizas.  
Con la iluminación, vino el día,  
el largo exilio en la ciudad  
donde la memoria vivió, herida,  
su otro destino.

## LA PENUMBRA

Me fui quedando rezagado en el mundo  
y ahora sólo veo con los ojos  
de la penumbra, no de la penuria.  
La penumbra puede ser una gracia,  
no obstante su tormento. Tampoco  
es sólo una memoria; nos enseña;  
además, la piedad. Todo se vio  
sometido al principio  
de las mutaciones, esas ocultas  
y tenaces leyes que van abismando  
a los seres. Pero no lo que el amor  
amó aun en sus cenizas, no  
la dádiva que supo florecer aun  
en la pobreza, no el esplendor  
invariable aun en la agonía. No  
está llena de ruinas la penumbra;  
desconoce, sobre todo,  
la ruindad. Las ofensas  
y los hechos que las consumaron  
ya no cuentan, o cuentan poco;  
apenas se suman a los agravios  
del tiempo, que ya ni siquiera  
son agravios. La penumbra no mantiene  
litigios con lo que la historia  
usurpa; no lleva la crónica  
de las ambiciones. Su destino  
es otro, y otra su herida. Apenas  
ya el ardoroso o atormentado  
insomnio. ¡La vigilia! Ver  
en el corazón de los hombres  
la claridad que amanece  
o atardece sobre el mundo.

## SÁBADO DE GLORIA

Como una conciencia demasiado  
pesada el cielo al fin descargó  
su bochorno. No fue lluvia  
que trajera o se llevara el viento.  
Ni esa calurosa fronda que va  
aligerando la tarde. De pronto  
las gruesas gotas azotaron  
a la ciudad. En las terrazas  
de los cafés, las gentes se cubrían  
con periódicos y destilaban  
su sucia tinta. ¿Recordaron acaso  
la gloria del día, remotas campanas,  
y unas piedras límpidas? Ahitas,  
negligentes, apenas les divertía  
el atolondrado trópico. Vino  
y se dilató la noche. El agua  
visiblemente suspendió su látigo.  
¿Escaparon? Pero la noche era  
terrible, ni de cielo ni de tierra,  
como pegada a los ojos y molliéndoles  
los sueños, la noche noche, cuyo  
origen o destino nunca sabremos.